

## Lección 7

27 de enero de 1965

(Seminario cerrado)

En la relación del sujeto con el otro, en la relación del uno con los otros, hemos aprendido a distinguir en su sutileza, en su movilidad, una función de espejismo esencial; lo hemos aprendido doblemente a través de la enseñanza del psicoanálisis, con la manera como intento articularla desde hace doce a trece años. Sabemos que el fracaso de toda ética hasta aquí, y secundariamente de toda filosofía subjetiva, en gobernar ese espejismo, se debe al desconocimiento de aquello en torno a lo cual se regula de manera invisible: la función del objeto *a* en tanto que es ésta, en su ambigüedad de bien y de mal, la que centra realmente todos esos juegos. En ese juego, en efecto, no basta con decir que el objeto *a* corre, va y viene, y pasa como la bolita; por su naturaleza, está perdido y jamás vuelto a hallar. Sin embargo, de cuando en cuando, aparece en el área con una claridad tan deslumbrante que eso mismo es lo que hace que no se lo reconozca. Este objeto *a* lo calificué, para lo que nos importa, a saber, la regla de una acción, como la causa del deseo. Se trata de saber para qué tipo de acción puede servir este reconocimiento de un nuevo factor, en la ética o en la filosofía subjetiva.

Seguramente, cuando quise saber un poco más sobre mi público y, particularmente, en la medida del tiempo de que dispongo, sobre quienes me pidieron venir a este seminario cerrado, pude darme cuenta de aquello de lo cual ya había podido obtener ciertos ecos: que para algunos, para muchos y tal vez más, esta enseñanza toma su valor en una medida más amplia, mucho más variada y mucho más matizada de lo que yo suponía, valor que es el de toda enseñanza, por sostener (lo cual no es poco para más de uno) este estado de indeterminación (que ya sabemos que dispone de más de una astucia) que es en el que nos es dado vivir, siendo las cosas lo que son. Entiendo que sólo quedan aquí aquellos para quienes esta enseñanza, por la razón que sea, tiene un valor de acción. ¿Qué quiere decir esto? Se sabe, o no se sabe, aquí, que en otra parte tengo una escuela, una escuela de psicoanálisis, y que lleva el nombre de Freud y el nombre de la ciudad donde tomé a cargo su dirección. Una escuela es otra cosa, si merece su nombre, en el sentido que tiene ese término desde la Antigüedad; es algo en donde debe formarse un estilo de vida. Pido que vengan aquí quienes, por alguna razón, tomen mi enseñanza por el principio de una acción que sea la suya y de la que puedan dar cuenta. Que hoy estén casi llenas las catorce hileras les prueba que no busco, con una barrera arbitraria, con una barrera de apreciación del tipo que sea, de experiencia, de calidad o de prestancia, que no quiero ponerle barreras a nadie.

No obstante, si quise que se me *formulase el pedido* [*demande*] de venir acá, es también para estar en posición de pedirles que dieran prueba aquí de aquello que se le exige a un cierto círculo más reducido, para que esta enseñanza adquiriera valor. Quiero que, por distintas razones, y en un lapso bastante corto, pueda yo obtener algún testimonio de quienes están aquí, testimonio que, por supuesto, sería absolutamente vano y de hecho ineficaz esperararlo necesariamente en forma de una intervención hablada, aquí. Me gustaría. Sé por experiencia, y también por cuestiones de tiempo, que esto no es posible y que no es la mejor forma. Entonces, he pensado proceder de la siguiente manera para obtener ese

testimonio en cuestión, que es el testimonio de una *acción* interesada en esta enseñanza: aquí se les propondrán trabajos, comentarios, informes, exposiciones, que tengan una especie de carácter de núcleo, de punto vivo que se manifiesta como particularmente ilustrado, renovado, o al contrario como un dar brillo, que se incorpora de manera singular con el hilo de mi discurso. Nada se hará para que esos núcleos sean más accesibles: lo que se les dará aquí no será la moneda suelta de mi enseñanza, a menos que precisamente entiendan con el término de moneda justamente esos momentos firmes [*fermes*], hasta cerrados [*fermés*], opacos y resistentes con los que en otra parte lo único que hago es quitarles las ganas de su presencia con lo que articulo para ustedes. A fin de cuentas entonces, si es según mi anhelo, lo que se les propondrá serán elementos más duros, más opacos, más localizados.

Para quienes mi enseñanza puede tener ese valor más preciso, esto supone ser la provocación de una respuesta, respuesta que me será dada, si acaso no se me da aquí de manera consistente y articulada, me será dada en el intervalo de nuestros encuentros, en forma, no diría yo de cartas sino de breves memorias, de peticiones, de sugerencias, de preguntas que yo tendré que sopesar para elegir aquellas que, ulteriormente, constituirán aquí esos objetos de los que hablo, objetos de provocación de los presentadores. Pero ese diálogo (en ese diálogo que, ustedes están de acuerdo [*vous le voulez bien*], lo ven bien [*vous le voyez bien*], sólo puede llevarse a cabo con quienes, a fin de cuentas, aporten una contribución aquí, contribución para la cual se dispondrá de todo el tiempo necesario para elaborarlo en el intervalo de nuestros encuentros), está en la naturaleza de las cosas que sólo se produzca con una minoría.

Muchos de quienes están aquí, a quienes dejé entrar hoy porque al fin y al cabo no hay misterio alguno, se darán cuenta, se darán cuenta, una buena parte de ustedes, que si sacan provecho, y es lo que deseo en toda ocasión, de lo que enseñé en los demás miércoles, del largo discurso seguido o retomado que es el que prosigo hace doce o trece años, puede entenderse, hasta es esencial que en alguna parte, de un círculo, las cosas se pongan a prueba mediante una acción en la que participe cada cual, que sea de allí que parta, que irradie lo que continuaré buscando ante todos, de mi discurso. Es normal que las tres cuartas partes de las personas que están hoy aquí, lleguen en un momento a reconocer, pues, que para ellos no es el momento de venir a trabajar aquí, o simplemente que nunca tendrán nada que hacer ahí, sin que se sientan de alguna forma despojados por ello de algún mérito. Es simplemente que lo que aquí se hará no es de su incumbencia. Quiero aquí gente que esté interesada en su acción con lo que implica ese cambio esencial de la motivación ética y subjetiva que es, que introduce en nuestro mundo, el análisis.

No prejuizo en absoluto sobre quienes podrán asumir el rol que, aquí, conviene. Digamos que, para orientarme en ello, procederé como lo hizo Josué en un cierto recodo que nos cuenta su historia; ya verán cómo hacen, cuando de eso se trate, para tomar en sus manos el agua para beber<sup>i 13</sup>.

---

<sup>i</sup> Yahveh dijo a Gedeón: “Hay todavía demasiada gente; hazles bajar al agua y allí te los pondré a prueba. Aquel de quien te diga: ‘Que vaya contigo’, ése irá contigo. Y aquel de quien te diga ‘Que no vaya contigo’, no ha de ir.” Gedeón hizo bajar la gente al agua y Yahveh le dijo: “A todos los que lamieren el agua con la lengua como lame el perro, los pondrás a un lado y a todos los que se arrodillen para beber, los pondrás al otro.” El número de los que lamieron el agua con las manos a la boca resultó ser de trescientos. Todo el resto del pueblo se había arrodillado para beber. Entonces Yahveh dijo a Gedeón: “Con los trescientos hombres que

Le doy la palabra a Leclaire.

Título de la intervención:

“SOBRE EL NOMBRE PROPIO,  
CONTRIBUCIÓN A UNA REANUDACIÓN DEL SEMINARIO DE J. LACAN”

S. Leclaire – En la cura psicoanalítica les pedimos a nuestros pacientes decirlo todo, incluyendo, subrayémoslo, el nombre de las personas que evocan, ya se trate, sencillamente, del señor Mascafierro<sup>ii</sup>, dentista, o, curiosamente del señor Arador<sup>iii</sup>, impresor.

Ello no quita sin embargo que en las observaciones de nuestros informes, sólo podemos hablar de Ludovico<sup>iv</sup>, nuestro paciente, llamándolo Víctor<sup>v</sup>, justamente, para no llamarlo por su nombre. De esa manera podemos describir las particularidades de la vida amorosa de Víctor sin demasiada dificultad ni indiscreción, pero no podemos, de manera alguna, decir que se llama Ludovico; es un límite infranqueable. La comunicación de la experiencia analítica debe entonces contar, lo quiera o no, con la dimensión de un irreductible secreto.

Por muy tentados que nos sintamos a realizar alguna nueva transgresión, no podríamos sin embargo, sin dejar de ser psicoanalistas, hacer más que ocultar siempre el signo singular, velar así bajo el nombre de Carrier o de Steiner la identidad de un Perrier, si tuviésemos que hablar al respecto; al hacerlo, imitamos el proceso psíquico mismo, pero al punto perdemos, en este último ejemplo, la evidencia de la referencia directa al Padre<sup>vi</sup>. Aunque en verdad no pienso poder indicarles con mayor sencillez cómo el nombre propio se vincula con lo más secreto del fantasma inconsciente, voy a intentar sin embargo, a partir de un fragmento de análisis, decirles algo más al respecto.

Retomaré entonces el caso de Philippe, que me había sido útil para ilustrar la realidad de lo Inconsciente en el trabajo realizado en 1960 con Jean Laplanche, y resumiré, antes de ir más lejos en el análisis de un sueño de sed, el sueño al unicornio. Philippe lo contaba así:

*“La plaza desierta de un pueblito: es insólito; busco algo. Aparece, descalza, Liliana, a quien no conozco, y me dice: hace mucho tiempo vi una arena [sable] tan fina. Estamos en el bosque y los árboles parecen curiosamente coloreados con tintes vivos y sencillos. Pienso que hay muchos animales en este bosque y, cuando me dispongo a decirlo un unicornio [licorne] pasa delante nuestro; marchamos los tres hacia una claridad<sup>vii</sup> que se vislumbra, más abajo.”*

Tal es pues el texto manifiesto de ese sueño de SED [SOIF] del que partimos para llegar, por vía de las asociaciones llamadas libres, a extraer lo que insistía en decir, el texto

---

han lamido el agua os salvaré, y entregaré a Madián en tus manos. Que todos los demás vuelvan cada uno a su casa.”, *Jueces*, 5. B. 4-7.

<sup>ii</sup> Croquefer

<sup>iii</sup> Laboureur

<sup>iv</sup> Ludovic

<sup>v</sup> Victor

<sup>vi</sup> Père-y-est [padre-está-ahí] es una homofonía de Perrier.

<sup>vii</sup> Cfr. al respecto la intervención de Paul Lemoine en el seminario cerrado del 24 de marzo: “[...] ¡la claridad [clairière] es clara [claire]!, p. 181.

inconsciente que sigue: LILI – plage – SOIF – sable – peau – pied – CORNE, enigmática cadena de palabras cuya contracción radical nos da el *licorne*, significante que aparece ahí como metonimia del deseo de beber, que es el que anima el sueño. Para quien no ha tenido el placer de leer ese texto sobre lo Inconsciente, tal atajo debe parecerle altamente arbitrario, así como resulta tal vez enigmático para aquellos que lo han leído.

Recordaré entonces brevemente lo que nos había aportado el análisis:

- El *deseo* que subyace a ese sueño parece ser un deseo de beber; Philippe se había despertado más tarde en la noche presa de una sed viva que él relaciona con el hecho de haber comido arenques del Báltico.
- Se evocan *tres recuerdos de infancia*, de cuando él debía tener 3 o 4 años:
  - en el primero intenta beber en sus manos, formando una copa, el agua que brota de la fuente del Unicornio, así llamado porque la remata una estatua del animal fabuloso,
  - en el segundo, estando en una hermosa selva de montaña, se ejercita en hacer un ruido de sirena con sus dos palmas recogidas en caracola,
  - en el tercer recuerdo se encuentra sobre la arena de una playa del Atlántico acordándose de Lili, una pariente cercana, sustituto materno por varias razones, quien, para molestarlo, lo llama (al mismo tiempo que le da de beber): “Philippe-tengo-sed”.
- *Los restos diurnos* que se encontraron en el sueño son, además del Báltico de los arenques, una selva arenosa y coloreada por brezos en la que Philippe había paseado la víspera con Ana, su sobrina: habían notado huellas de ciervas.
- Por último, es a través del *análisis de un síntoma* menor, llamado “del grano de arena” (evocado con relación a los recuerdos de playa), que se descubre el contexto que se relaciona con la sensibilidad y la erotización de la piel; Philippe, quien había investido particularmente sus pies, anhelaba tener la planta “dura como cuerno [*corne*]”.

De esta manera, si no articulamos, por lo menos volvimos a poner en evidencia los elementos fundamentales de una especie de *texto jeroglífico*, texto que llamamos la *cadena significante inconsciente*:

LILI – plage – SOIF – sable – peau – pied – CORNE

A quienes pidan ver lo inconsciente les respondo: es así como aparece.

Este estudio del sueño nos permite ilustrar sencillamente los mecanismos fundamentales de los procesos inconscientes: la condensación, la sustitución metafórica y el desplazamiento metonímico. De esta manera, la playa [*plage*] original se ha vuelto la plaza del sueño: (en donde se halla la fuente) como si el GE de *plage* hubiese sufrido los efectos de la represión y ya no dejase aparecer sino el CE más indiferente de una *place* [plaza]. Donde GE estaba, CE advino, podría decirse invirtiendo para el caso la sorprendente fórmula freudiana. Ahí se trata de un proceso de sustitución metafórica (*place* por *plage*), de condensación en el sentido en que el significante *place* anuncia la escena de múltiples cuadros (montaña, mar y bosque) remitiendo precisamente a la más específica de esas escenas, la *plage*, cuya textura significante oculta además un sonido GE reprimido, homófono del JE del llamado del yo tengo [*J'ai*] sed.

El unicornio es metonimia en el sentido en que todo en éste, tanto en la efigie como en la palabra, indica el desplazamiento y el intervalo que separa los términos que ése junta. Desde la *li(t)* de Lili, hasta el *corne* que Philippe anhelaba tener en los pies, el *licorne* sostiene en el intervalo de sus dos primeras sílabas los elementos intermedios de la cadena inconsciente. En otro plano, remite más sencillamente desde la fuente que corona hasta el agua que le brota; de los pies a la cabeza; por último desplaza el *corne* trasmutándolo de corteza en dardo. Es así como se descubre, enigmático, el deseo que sostiene ese sueño de sed y el falo (el que Lili desea) aparece allí en el lugar del tercer ojo, lugar donde Philippe carga una cicatriz. La insignia del unicornio, sigla del inconsciente philípico, nos presenta con ocasión de su SED ese esquema que sostiene y enmascara su deseo, esa cadena significativa absurda, jeroglífica, compuesta y descabellada, pero insistente e inquebrantable; es la cifra ciega de su singularidad que se repite como marcada al hierro candente, y ahí reconocemos la máscara vacía de lo inconsciente.

El nudo más sensible de esta cadena, condensado en el Unicornio, está al nivel de la *plage-soif*. Más precisamente aún, la volvemos a hallar bajo la forma del llamado-queja, repetido por Philippe en esta playa, *j'ai soif*, o de manera aún más detallada, *Lili-j'ai-soif*, que llevaba a que Lili saludase a Philippe con la fórmula de vuelta, *Philippe-j'ai-soif*.

Habría podido detenerme ahí en el análisis del deseo de Philippe y considerar que había ido suficientemente lejos en mi intento de cernir lo propio de lo inconsciente de Philippe. Pero resulta que algunas críticas amistosas me han reprochado una cierta falta de rigor en este análisis, al mezclar indebidamente elementos heterogéneos, fonemas, palabras, cadena de palabras, frases articuladas, representaciones de cosas, imágenes, y sin alcanzar con la cadena *Lili-corne* más que un nivel preconscious. Es cierto que no es fácil dar cuenta con todo rigor de los fenómenos inconscientes, problema crucial para el psicoanálisis, diríamos hoy.

Recordé entonces una opinión que había planteado, a saber, que me parecía preferible por el momento, para sostener ese rigor, limitarse a ubicar lo que llamé *exquisita diferencia*. De manera general, el elemento inconsciente propiamente dicho aparece como la connotación de una experiencia sensorial de diferencia, de la percepción de una exquisita diferencia (sobresalto distinguido, decía yo), en resumen, connotación de una experiencia de esta distinción diferencial en cuanto tal. En la experiencia de Philippe se trata, por ejemplo, de la diferencia entre lo unido que asegura un contacto de piel envolvente y la irritación puntiforme de un grano de arena errático, o también diferencia percibida visualmente y privilegiada entre la llaneza del esternón de los hombres y la garganta que marca el corazón materno, porque ese lugar femenino le pareció durante mucho tiempo presentarse en verdad como una especie de dehiscencia misteriosa.

Pero pronto se verá otro aspecto de la dificultad de comunicación de la experiencia analítica. En efecto, una cosa es hablar de fonema o de cualquier elemento propiamente inconsciente y otra cosa es repetirlos o transcribirlos tal como aparecen en sí mismos, porque en cierta forma son fundamentalmente obscenos. Así, para llegar al campo de experiencia auditiva y vocal al que Freud le otorga cierto privilegio en la formación del fantasma, propondré, sin justificación adicional, lo que me pareció ser un fantasma inconsciente bastante primordial de Philippe. Es más inconsciente que la letanía *j'ai soif*, una especie de jaculatoria secreta, una fórmula jubilosa, una onomatopeya, podría decirse más prosaicamente, que puede traducirse con un mínimo de alteración, con la secuencia:

POOR (d) J'e – LI

La articulación de esta fórmula, en voz alta o baja connotaba en su recuerdo la representación, la anticipación y hasta la realización de un movimiento de júbilo difícil de describir, del tipo *enrollarse-desplegarse*, complacerse con el resultado obtenido y volver a empezar; más sencillamente una especie de voltereta, podría decirse. Es raro que en análisis se lleguen a confesar esas fórmulas más secretas y siempre hay en ese develamiento aparentemente tan anodino algo que se vive como el extremo de la impudicia, y hasta como el límite del sacrilegio.

También aquí, con el mínimo de alteración y sosteniéndome en el borde extremo de una transgresión, tengo ahora que dar el nombre completo de Philippe, aquel que muy pronto supo decir para responder al banal cómo te llamas tú: Georges Philippe Elhyani, nombre que ilustra de entrada el parentesco esencial entre el fantasma fundamental y el nombre del sujeto. Con el más perfecto rigor de una no-lógica de tipo primario, con la más inconsciente ligereza con la que cada cual estará en libertad de apreciar el peso de verdad, voy ahora a dejarme llevar hacia algunos comentarios analíticos de ese fantasma inconsciente.

Puedo intentar primero señalar el sobresalto, sobresalto distinguido, exquisita diferencia, que se encuentra con esta fórmula; sería algo como la maestría de una creación, la realización de una reversión, antes bien una secuencia *nada-algo* que *desaparecido-reaparecido*, una especie de fórmula mágica que hace aparecer concretamente este encantamiento. ¿Es ya conjuratoria? Posiblemente.

Pero tomemos ese fantasma elemento por elemento, como lo hacía Freud con los sueños. POOR, el fragmento más enigmático; lo funda, creo, el GEOR de Georges que se vuelve P-OR, aspirado hacia el final de Philippe; allí se unen muy probablemente la PEAU [PIEL] en su homofonía con el POT [VASIJA]; también se unen el CORPS [CUERPO] y hasta tal vez el COR [CORNIO] cuyo llamado surge desde el fondo de los bosques, por supuesto también la GORGE [GARGANTA], entiéndase tanto la geográfica como la anatómica. Por último, y con esto voy al extremo, en la medida en que este OR central se une con la MÈRE [MADRE], la MORT [MUERTE] aparece entre la Madre por una parte y el *j'e* del otro en la medida en que de O hacia A, *j'e* nos indica J(e)acques, el hermano de Philippe. ¿MORT por qué? Porque era ante todo el hermano mayor del padre, muerto poco antes del nacimiento de un nuevo Jacques hermano mayor de Philippe, porque además es también el nombre del marido de Lili. ¡Esto es algo que podría atraer a los interesados en esquemas y grafos!

*J'e* es ante todo el doble GE de Georges; luego, el JE mismo del *yo-je* con el que Philippe quedó marcado muy pronto. Sabemos *l'âGE* de la *plaGE*, pero más bien, hallaríamos lo ambiguo JETÉ [lanzado] por sobre el borde de la litera, tanto el JEU preferido como el JE T'AI [te tengo], por último, de una madre colmada por él.

Del LI, creo que ya dije casi todo, del LIT de LILI al LOLO por vía del LOLI ¡ahora ya casi institucionalizado! Me faltaba únicamente agregar allí la precisión del redoblamiento de LI en el nombre completo de PhiLippe.

Este es tal vez el esbozo del *fantasma inconsciente* que subyace la cadena LILI-CORNE.

Este nivel de análisis, que me parece esencial, exige ciertos comentarios.

1. Ilustra, si fuese necesario, la naturaleza propia de lo que puede llamarse el estilo singular del proceder analítico en su esencia y las paradojas de su rigor.

2. Ese nivel de análisis plantea también el asunto de los criterios que hacen que se vea uno llevado a distinguir, retener y subrayar tal pareja fonemática en vez de tal otra. En el caso de este fantasma inconsciente, propondré tres criterios entre otros:
  - a. La insistencia repetitiva de los elementos significantes, es decir, de tal rasgo singular, único, irremplazable, diferencial y simbólico en su esencia. Así, tal rasgo singular, que delinea la cara o el cuerpo, para hablar en el plano de la imagen, tal rasgo significativo fonemático, en la medida en que reaparecen durante el análisis de una forma siempre analógica; por ejemplo, OR.
  - b. La dificultad para confesar esos rasgos, tanto mayor cuanto conciernen a lo más próximo del fantasma fundamental, a la esencia misma de la singularidad y de la intimidad del sujeto.
  - c. Su índice de vitalidad, es decir, de presencia activa, constante, que caracteriza al individuo y recuerda así su profunda irreductibilidad.
3. También en este caso el análisis revela las relaciones del fantasma fundamental con el nombre del sujeto. ¿Hay que subrayar que aquí aparece la función del nombre del padre?
4. Ese nivel de análisis saca a la luz sobre todo de manera patente la ausencia constitutiva de relación lógica entre el nivel primario, inconsciente, y la elaboración secundaria preconscious-consciente. Lo que comúnmente hallamos en el análisis son, de hecho, réplicas preconscious del fantasma inconsciente. Así, a partir de un fantasma inconfesado tal como POOR (d) J'e – LI, hubiese sido muy natural captar una fórmula ya traducida en lengua, tal como, por ejemplo, las variantes de lenguaje siguientes, *cœur joli, gorge à Lili, joli corps de Lili* [corazón bonito, garganta de Lili, bonito cuerpo de Lili], Nuestra insistencia en *Li-corne* apuntaba a sostener, bajo las apariencias de una lógica secundaria, la esencia del proceso de tipo primario. Si el *licorne* no nos evitaba totalmente todo riesgo de una fórmula ya traducida en lengua, tenía no obstante la ventaja de no precipitarnos demasiado pronto en la vía de una comprensión analítica. Si, ante *coeur joli, gorge de Lili, joli corps de Lili*, nos dejamos llevar por nuestro oficio de analista, ese aspecto tranquilizador de nosotros mismos que, apoyado en una experiencia, cree saber, traduciremos automáticamente esta construcción de lenguaje en lenguaje falocéntrico. Haremos pronto del cuerpo un falo o una matriz, del corazón lo mismo de una forma más ambigua, de la garganta un desfiladero genital sobre el cual fundaremos alegremente nuestras construcciones intrepreativas, más sólidas, convincentes y eficaces. Menos sólida con seguridad, más extravagante pero sin duda tan eficaz, si no más, la interpretación que haría un corno [*cor*] del *corps*, evocación lejana, y de la garganta en hueco la plenitud del seno, al sostener esta interpretación sobre la evocación del gesto de las dos manos reunidas en copa para beber, o en caracola para llamar. Aquí lo importante es ver que nuestra interpretación tiende a recaer lo más a menudo sobre una traducción en lengua que, como tal, yerra el fantasma fundamental; tales son la fascinación y el privilegio del “sentido ya conocido” sobre el “no sentido”.
5. Por último, con estos comentarios, llegamos a plantearnos la pregunta sobre el modo de acción de nuestras interpretaciones y de su aparente gratuidad. En el caso de Philippe, evocar explícitamente a nivel de la interpretación el falicismo del cuerno, la feminidad

esencial de la garganta o de la cicatriz, con una eficacia en el plano de la transformación de la organización libidinal de nuestro paciente.

Es la paradoja, y para algunos el escándalo, de la acción analítica.

El análisis le descubre al paciente, en el coloquio singular que es, por los rodeos inéditos de su historia, las estructuras fundamentales, también para él, que son la estructura del Edipo y la de la castración. Desprende para cada cual los avatares de esos pocos significantes clave, los que estructuran, metaforizan, y que son, en cierta forma, las piedras angulares de cada edificio singular.

Pero evidentemente basta con que se olvide, por complacencia o dejadez, sólo esa palabra: singular, para que se descubra en ese punto la mecánica y la trampa de la función normativa del análisis; con un poco de Edipo y de castración el facultativo poseería una fórmula segura que sólo podría hacerle bien a cada cual, y sería, muy pronto para todos, una vía no menos segura hacia un genocidio sutil. Lo propio de cada cual es irreductible, como la barrera del incesto que protege y alimenta el deseo. La singularidad de Philippe es la que hemos tratado de cernir con este análisis; pienso primero, cuando considero el emblema del Unicornio; luego, al escuchar su fantasma POOR (*d*) *J'e* – LI que connota tan bien, en la síncope del *d'j*, esta exquisita diferencia en el acmé del movimiento de reversión; por último, lo evocamos propiamente al develar un reflejo de su nombre, el GE hace balance allí antes de volcarse en torno al OR de Georges, para volverse a hallar jubilosamente en el GE del final, igual y diferente, interrogando ¿yo [*je*]? ¿quién? Philippe Elhyani, su nombre que asimismo interroga, a la inversa, pregunta en suspenso en torno al reencuentro del LI.

Me detendré ahí. Aunque sería posible ir más lejos y considerar por ejemplo el tema de la ROSA [ROSE] en la vida de Philippe; esta flor que parece surgir de una reversión del OR que ya consideramos central. La fuente del unicORNIO, en el recuerdo de Philippe conduce también a otro lugar elegido, muy cerca que se llama el jardín de las ROSAS [ROSES]. Pero prefiero dejar aquí y por ahora la oportunidad para la duda, la reflexión o, también, el sueño.

*Jacques Lacan* – Deseo conservar a esta primera reunión todo su carácter de austeridad. Le voy a pedir... a alguien a quien acudí expresamente para que estuviera presente en esta primera reunión, a Conrad Stein, quien, por los tiempos en que Leclair se adentraba por primera vez en el ejemplo que retomó, completó y articuló perfectamente hoy, voy a pedirle a Conrad Stein, quien había planteado un cierto número de objeciones, de preguntas; que había dudado de la pertinencia exacta de la articulación, en ese momento, de la primera cadena que va del *li* al *corne*, que se reúne en *licorne*, de su carácter propiamente representante representativo del inconsciente, si le queda alguna pregunta sobre la pertinencia de lo que él había planteado, lo cual pudo precisar, gracias justamente a esas preguntas, como él mismo lo dijo.

Si a Conrad Stein le parece que su pregunta o su solicitud de precisión se renueva de alguna forma; si está en condiciones de formularla inmediatamente, que lo haga; pondremos esa pregunta, si puedo decirlo, al orden del día, en el tablero. Nada más, porque deseo que intervengan hoy quienes prepararon otros temas, igualmente difíciles, ya lo ven, de entender así como de pasada, que el informe de Leclair.



He aquí en efecto, en lo práctico, lo que propongo: el informe de Leclaire (y los que seguirán, no lo dudo), merece en todo punto (está perfectamente a punto, está más que pulido), que se lo imprima. Se hará la impresión y se pondrá a su disposición en un lapso de diez días, se pondrá a su disposición a un precio moderadamente oneroso, y pienso que la manera más cómoda es ir a buscarla en el Secretariado de la Escuela de Altos Estudios donde la señora Durand, en el segundo piso del 54 de la calle Varenne, donde se la procurarán todos los que hayan querido tenerla.

No obstante, tanto por la extensión de ese tiraje que se hará multicopiar como para asegurar lo que sigue, pido que levanten la mano quienes, no simplemente puedan desear tener este informe como un bonito artículo, sino quienes se comprometen a responder al respecto (y asimismo se tomará su nombre en el momento en que se procuren el texto) con un texto de por lo menos dos páginas sobre lo que despierte en ellos en términos de necesidad de interrogar y hasta de responder. Se comprometen a hacérmelo llegar antes de la reunión siguiente del seminario cerrado. Toda persona que, al procurarse ese texto, no aporte esta contribución, sale enseguida del acuerdo que al principio les dije que entiendo anudar aquí. Que levanten entonces la mano quienes desean ese texto para tener algo en qué apoyarse y qué enviarme ¡Levanten la mano!

Entonces por lo que veo el tiraje será casi del doble, es decir, treinta y cinco o cuarenta ejemplares.

Por si hace falta, Stein, ¿puede responder ahora o prefiere esperar que pase otro informe para madurar por ejemplo la respuesta que le pido?

*Conrad Stein* – Prefiero decir algunas palabras enseguida, por la simple razón de que media hora de maduración no bastaría. Evidentemente no es posible retomar la discusión con Leclaire en el punto en que había quedado hace cuatro años. En efecto tendría necesidad de leer su texto para poderle hacer un comentario en detalle. Aquí, quisiera simplemente hacer algunos comentarios, y tomaré las cosas empezando por el final, por lo más cercano entonces. POOR (d) J'e – LI, ese fantasma efectivamente, en fin, esta expresión, esta referencia, digamos, absolutamente fundamental al fantasma inconsciente, porque el fantasma inconsciente es, por su naturaleza misma, indecible, POOR (d) J'e – LI está construido con toda evidencia como un sueño. Leclaire nos dio las diferentes palabras, las diferentes frases, los diferentes pensamientos formulados en lenguaje de los que POOR (d) J'e – LI constituye la expresión y el medio de la condensación y del desplazamiento. Ahora bien, ustedes saben, y es a ese respecto que quisiera yo pedirle, a quienes quieren intervenir sobre el texto de Leclaire, volver a leer la *Traumdeutung, La interpretación de los sueños*<sup>49</sup>, en la medida en que no tengan totalmente presente en su mente, puesto que en este asunto me parece indispensable, yo no lo hice suficientemente hace cuatro años, en esta discusión con Leclaire, ver en qué medida su análisis, su interpretación, es fiel reflejo del método, de la técnica freudiana tal como Freud la presenta en esta obra fundamental, y cuál es el aporte original de Leclaire, es decir, cuál es, en su trabajo, la parte que constituye una elaboración, una elucidación de todo lo que, en el texto de Freud, es problemático. Creo que hay que distinguir absolutamente esas dos partes.

POOR (d) J'e – LI está construido como un sueño en la medida en que, entonces, los pensamientos formulados en lenguaje fueron objeto de desplazamiento y están contraídos

según el proceso de la condensación, es decir, condensación-desplazamiento, el proceso primario. Es decir que constatamos ahí algo que es absolutamente fundamental en la exposición original de Freud: que el sueño y el fantasma tratan las palabras como si las palabras fuesen imágenes. Más tarde, dirá, trata las representaciones de palabras como representaciones de cosas. Las palabras son, desde ese punto de vista, imágenes acústicas y sufren la misma suerte de las imágenes visuales. Si recuerdo esto, es porque el término de traducción a lengua es evidentemente problemático. No puedo decirles gran cosa ahora; de hecho, creo que yo mismo recorro a esta noción de traducción a lengua; estoy menos seguro ahora de que las imágenes puedan traducirse a lengua. Creo que si se examina más de cerca la relación que existe entre las imágenes y la lengua, nos resultaría siendo como de un nivel diferente al de la traducción. Ése es un primer comentario.

Segundo comentario, respecto a la cadena entonces que parte de Lili y termina en *corne*, Lili – *plage* – *sable*... etc. Pues bien, Leclair dijo algo hace poco que me parece totalmente exacto y muy importante tener en cuenta: que esta cadena juega un papel privilegiado en tanto clave de la singularidad de la personalidad, si puedo decirlo, de Philippe. ¿Por qué o en qué? Pues bien, todo el argumento de Leclair parte de un sueño, del sueño *a la licorne* que nos recordó al principio. Pues bien, ese sueño, como lo dice Freud en la *Traumdeutung*, ese sueño, es un *rebus*. El método para descifrar el *rebus*, el que le interesa a Freud, es decir, el método que permite que, partiendo de ese *rebus* que constituye el sueño, se llegue a lo que Freud llama los *Traumgedanken*, los pensamientos del sueño, los pensamientos del sueño que se expresan en forma de anhelo, pues bien, ese método, es la asociación libre. Ya saben que la asociación libre (podemos volver sobre el asunto), precisamente no es posible. No quita que este método es la asociación libre. En ese texto donde dice que el sueño es un *rebus*, Freud habla de la relación significativa, *Zeichenbeziehung* entre el contenido manifiesto del sueño, del relato del sueño que Leclair nos dio al comienzo, y los pensamientos del sueño, los anhelos que realiza ese sueño, del cual no nos dio representación exhaustiva, pero sería fácil hacerla, disponemos de lo necesario para ello. Esta relación significativa plantea todo tipo de problemas que ahora no es posible abordar, pero lo que aparece con nitidez es que, en la singularidad de la persona de Philippe, como lo dijo Leclair, la cadena que va de Lili a *corne* representa una cadena privilegiada que nos da una especie de clave del *rebus*. De hecho saben ustedes que los *rebus* no tienen clave... sí, en el fondo, la única clave que podría hallársele a un *rebus*, a una serie de *rebus*, a un conjunto de *rebus*, la única clave estaría ligada a la singularidad de la persona que ha compuesto esta colección de *rebus*. El *rebus* como tal no tiene clave; el sueño como tal no tiene clave; que haya un método, es otra cosa. O si el sueño tiene una clave, una clave muy general, es una clave que detenta una especie de configuración que es la del complejo de Edipo, pero eso es un problema que no puedo desarrollar ahora.

Lo cierto es que esta cadena tiene claramente ahí un valor privilegiado, y si vuelven a leer *La interpretación de los sueños*, en fin, lo que se llama *La ciencia de los sueños* en la traducción francesa, de Freud, hallarán, respecto a los sueños de Freud, todo tipo de cadenas, que él no da explícitamente como tales, pero que pueden ustedes reconstruir muy fácilmente, no es difícil hacerlo, perfectamente análogas a esta cadena que parte de Lili y culmina en *corne*. Y es esta cadena, la cual privilegia Freud, fácil de reconstruir, la que le permite darnos la clave de sus sueños cuya interpretación ofrece en su obra. Entonces, no confundamos esta cadena con los pensamientos del sueño, es decir, con lo que propiamente pertenece, según Freud, a lo preconscious.

Ahora, un último punto. Último punto que es importante, sobre ese sueño que Leclair analizó para nosotros: que el paciente tenía sed. Necesitaba beber. Si nos referimos de nuevo al texto original de Freud, vemos ahí toda una problemática que es absolutamente central en la *Traumdeutung*: la problemática de la necesidad. Hay todo un capítulo dedicado a la satisfacción o, digamos más bien, a la satisfacción de las necesidades del durmiente, y en el capítulo VII de la *Traumdeutung*, constatarán que hay un pasaje que nos muestra explícitamente, que se refiere explícitamente a un cambio de registro, es decir, que el sueño no puede permitirle al durmiente continuar durmiendo satisfaciendo su necesidad; está ese cambio de registro, que es el paso al del deseo. Y lo que parece permitirle seguir durmiendo, es justamente entregarse a esos fenómenos de condensación y de desarrollo que producen el sueño, según la condensación y el desplazamiento, es decir, según las vías del deseo. Esto quería simplemente indicarlo como un punto particular de ese sueño que permite, ahí, llegar a un asunto de deseo. No quiero hablar mucho tiempo, y como ya lo dije, de todas formas, lo nuevo que Leclair aportó hoy a su interpretación del sueño de Philippe es demasiado importante como para que yo pueda comentarlo sin haber reflexionado largamente, con el texto en mano.

*Jacques Lacan* – Entonces, concluimos. ¿Debo entender que el modo ante todo que permite la estricta aplicación del método, a saber, prelación del significante sobre todo metabolismo de las imágenes, a saber, que lo que usted llamó singularidad del sujeto, es aquí señalado de la mejor manera, justamente para permitirnos ubicar los tres tipos de pregunta que escandió usted aquí? ¿Le parece que es la mejor manera de incidencia para instaurar los asuntos que planteó usted respecto a la sanción que hay que darle a la larga *Umschreibung*, a la larga circunlocución que es (empleo el mismo término que Freud, ¿no?), que representa la *Traumdeutung*? ¿Es eso lo que debo oír en su intervención, a saber, que sanciona usted el método como siendo precisamente el que puede permitirle plantear las preguntas que usted ha planteado?

*Conrad Stein* – Le diré que sí, y le diré sobre todo que no tenemos opción.

*Jacques Lacan* – Bueno, entonces pienso que hay cómo darle a lo que hizo Leclair al respecto, más precisiones, es decir, que le responda usted con un trabajo en concordancia. Lamento que sus preguntas no hayan sido (por eso era que en cierta forma le dejaba tiempo) más afinadas. No vamos a poder cubrir hoy todo nuestro programa. Le doy la palabra inmediatamente a Yves Duroux.

*Yves Duroux* – Creo que, con el poco tiempo que queda, es muy difícil que pueda yo hacer mi exposición y que Jacques-Alain Miller pueda hacer la suya.

*Jacques Lacan* – ¡Pues bueno, haga la suya!

*Yves Duroux* – No es posible, en la medida en que Jacques-Alain Miller se apoya mucho en puntos que yo doy, y creo que el beneficio de la exposición se anularía si no nos apoyamos el uno en el otro, en una misma continuidad.

*Jacques Lacan* – No, en absoluto, no necesariamente. Se retomará la próxima vez, poco importa. Entrega usted su trabajo, la gente quedará a la espera, y eso es todo.

*Yves Duroux* – Casi será necesario que vuelva a empezar la próxima vez.

*Jacques Lacan* – Pues ¿por qué no? Yo mismo había traído algo totalmente ejemplar, también lo postergo. Adelante.

*Yves Duroux* – El tema de la exposición, de la que no ofreceré sino la primera parte, se titulaba *El número y la falta*. Se apoya en la lectura precisa de un libro de Frege que se llama *Die Grundlagen der Arithmetik*. El objeto propio de la investigación es lo que se llama la serie natural de los números enteros. O se pueden estudiar las propiedades del número, o estudiar su naturaleza. Entiendo por propiedad lo que los matemáticos hacen en un campo delimitado por los axiomas de Peano. No los enuncio. Tal vez Miller pueda enunciarlos.

A partir de esos axiomas, se dan tipos de propiedades sobre los números enteros, pero para que esos axiomas puedan funcionar se necesita que quede excluido del campo de esos axiomas un cierto número de asuntos que se dan por entendidos. Esos asuntos, en número de tres, son:

1. ¿Qué es un número? El axioma de Peano da por conocido que se sabe qué es un número.
2. ¿Qué es cero?
3. ¿Qué es el sucesor?

Creo que es en torno a esas tres preguntas que pueden diversificarse respuestas sobre la naturaleza del número entero. En lo que me concierne me interesaré en la manera como Frege, al criticar una tradición, da una respuesta. Y el conjunto de esta crítica y de esta respuesta constituirán el apoyo sobre el cual Jacques-Alain Miller desarrollará su exposición.

Si el cero, planteado como problemático, no se piensa por fuera, en una función diferente de la de los demás números, si no es como punto particular a partir del cual es posible una sucesión, es decir, que si no se le da al cero una función prevalente, se reducen las preguntas que enumeré a otras dos que pueden enunciarse así:

1. ¿Cómo pasar de una reunión de cosas a un número que sería el número de esas cosas? Y ése es justamente el problema.
2. ¿Cómo pasar de un número a otro?

Esas dos operaciones, una de reunión, la otra de agregación, toda una tradición empirista las trata como referibles a la actividad de un sujeto psicológico, esas dos operaciones utilizadas ambas ya sea para reunir objetos y nombrar la colección así formada, o agregar un objeto a otro objeto. Toda esta tradición juega con la palabra *Einheit*, palabra que no tiene traducción al francés, que en alemán quiere decir *unidad* y es a partir de un equívoco con esa palabra que es posible una serie de ambigüedades respecto a esas funciones de sucesor y de número. Una *Einheit* es ante todo un elemento indiferenciado e indeterminado en un conjunto cualquiera. Pero una *Einheit* puede ser también, o puede tomarse también como el nombre *un*<sup>viii</sup>, número *uno*.

---

<sup>viii</sup> *Un* es un o uno. *die Einheit*: la unidad; *Ein* = un/o; colofón: *...heit* = sufijo (1) para la formación de conceptos abstractos para la designación o iniciación de una condición o disposición [p.ej.: *Kind-* es niño... y *Kindheit* es infancia; *Frei-* es libre... *Freiheit* es libertad; *Krank-* es enfermo/a y *Krankheit* es enfermedad]; (2) para la formación de conceptos colectivos (p.ej. *Mensch-* es hombre y *Menschheit* es humanidad [N. del T.].

Cuando se dice: “un caballo y un caballo y un caballo”, el *un* puede indicar una unidad, es decir, un elemento en un conjunto donde se plantean, uno al lado del otro, tres caballos. Pero mientras se tomen esas unidades como elemento y se las reúna en la colección, no se puede inferir en absoluto que haya un resultado al que se le atribuya el número tres, salvo con un forzamiento arbitrario que hace llamar a esta colección tres. Para que pueda decirse: “un caballo y un caballo y un caballo, o sea, tres caballos”, hay que proceder a dos modificaciones. Se necesita:

1. Que el *un* se conciba como número,
2. Y que el *y* se transforme en signo más.

Pero por supuesto, una vez que haya tenido lugar esta segunda operación, nada se habrá explicado. Simplemente, se habrá planteado el problema real que consiste en saber cómo uno más uno más uno da tres, puesto que ya no se lo confundirá con, sencillamente, la reunión de tres unidades. Por eso el retorno del número aportando una significación radicalmente nueva, es decir, no la simple repetición de una unidad [*sic*] ¿cómo ese retorno del número como surgimiento de una significación nueva puede pensarse, a partir del momento en que no puede resolverse el problema de las diferencias entre la igualdad de los elementos, simplemente planteados los unos al lado de los otros, y su diferencia que hace que cada número, agregado uno tras otro, tenga una significación diferente? Y toda una tradición empirista se contenta con remitir esta función del surgimiento de una nueva significación a una actividad específica, y función de inercia del sujeto psicológico, que consistiría en agregar según una línea temporal de sucesiones, agregar y nombrar.

Frege cita un número importante de textos. Todos se reducen a esta operación fundamental de reunir, agregar, nombrar. Para soportar estas tres funciones, que son las funciones que enmascaran el problema real, hay que suponer un sujeto psicológico que enuncia y opera esas actividades. Si el problema es descubrir lo específico en el signo más y en la operación sucesor, se necesita para eso separar el concepto de número de esta determinación psicológica.

Ahí es donde comienza la empresa propia y original de Frege. Esta reducción de lo psicológico puede operarse en dos tiempos:

1. Con una separación que Frege realiza en el campo de lo que llama, como todos los que han quedado atrapados en los conceptos psicológicos conocidos desde hace mucho tiempo, el campo de las *Vorstellungen*, campo de las *Vorstellungen* en el que mete por una parte lo que llama las *Vorstellungen* psicológicas, subjetivas, y por otra parte lo que llama las *Vorstellungen* objetivas.

Esta separación busca borrar literalmente toda referencia a un sujeto y tratar esas representaciones objetivas únicamente a partir de las leyes que Frege llama lógicas. ¿Qué es lo que caracteriza esas representaciones objetivas? Esas representaciones objetivas están ellas mismas desdobladas en lo que Frege llama un concepto y en lo que Frege llama un objeto. Y hay que poner buen cuidado en que, tanto concepto como objeto no pueden separarse y que la función que les asigna Frege no es diferente de la función asignada a un predicado respecto a un sujeto, o, en el lenguaje de la lógica moderna, no es más que una relación monádica, es decir, una relación llamada de un elemento, que es el soporte de esta relación.

Y es a partir de esta distinción que Frege realiza una segunda distinción que le hace relacionar el número, no ya con una representación subjetiva como en la tradición empirista, sino relacionar el número con una o dos representaciones objetivas y que es el concepto. La diversidad de las numeraciones posibles nunca remite, y en todo caso no puede soportarse sobre una diversidad de los objetos. Es simplemente el índice de una sustitución de los conceptos en el sentido en que comencé a hablar al respecto hace poco, sobre los cuales recae el número, cuyo número es predicado.

Frege da un ejemplo bastante paradójico. Toma una frase que es: “Venus no posee ninguna luna”. A partir de esta frase, ¿a qué atribuirle ninguna? Frege dice que no se le atribuye el ninguna al objeto luna con razón, puesto que no hay, y que sin embargo la numeración cero es una numeración; entonces lo que se atribuye no es al objeto luna sino al concepto “luna de Venus”. El concepto “luna de Venus” se relaciona con un objeto que es el objeto luna y justamente, en esa relación del concepto “luna de Venus” con el objeto luna, esa relación es tal que no hay luna. De ahí que se le atribuye al concepto “luna de Venus” el número cero.

Es a partir de esta doble reducción que Frege obtiene su primera definición del número pues las diferentes definiciones del número sólo tienen por objeto fundar esta operación sucesor de la que hablé hace poco. Primera definición del número: *el número pertenece a un concepto*. Pero esta definición “el número pertenece a un concepto” es aún incapaz de darnos lo que Frege llama un *número individual*, es decir, un número antecedido por un artículo definido, *el uno, el dos, el tres*, que son únicos como número individual. No hay varios uno, hay un uno, un dos. ¿Pero cómo saber, únicamente con lo que se tiene hasta ahora, si será el uno o el dos o el tres los que se atribuirán a un concepto y no, por ejemplo, Julio César? Todavía no tenemos nada que nos permita determinar si lo que se le atribuye a un concepto es ese número, que es el número único antecedido por el artículo definido.

Para hacer comprender la necesidad de otro proceder para llegar a ese número individual que es el que se quiere estrictamente cernir, Frege toma el ejemplo, siempre, de los planetas y de sus lunas, y esta vez es: “Júpiter tiene cuatro lunas”.

“Júpiter tiene cuatro lunas” se puede convertir en esta otra frase: “El número de las lunas de Júpiter es cuatro”. El *es* que liga “el número de las lunas de Júpiter” con “cuatro” no es análogo en absoluto a un *es* como el de la frase “el cielo es azul”. No es una cópula, es una función mucho más precisa que es una función de igualdad, es decir, que el número cuatro es el número que hay que cernir y plantear como igual al número de las lunas de Júpiter, es decir, al concepto “luna de Júpiter” se le atribuye un número. Y ese número se plantea como igual, en el *es*, a cuatro que es el número cuya propiedad, cuya naturaleza se intenta determinar en su relación con los demás números enteros.

Ese rodeo obliga a Frege a plantear una operación primordial que le permite relacionar los números con una pura relación lógica. No voy a dar todos los detalles de esta operación, que es una operación de equivalencia, que es una relación lógica que permite ordenar biunívocamente objetos o conceptos. El “o conceptos” no debe preocuparlos en la medida en que, para Frege, cada relación de igualdad entre conceptos ordena asimismo objetos que caen bajo esos conceptos según la misma relación de igualdad, por lo menos en ese momento de su pensamiento.

Una vez que se ha planteado esta relación de equivalencia, se puede llegar a una segunda, la verdadera definición del número (en el vocabulario de Frege, evidentemente), que es un

poco particular pero que es absolutamente análoga... definición retomada además en toda la tradición logicista formalista. La definición es: el número que pertenece al concepto  $F$ , por ejemplo, del que hablé hace poco, es la extensión del concepto “equivalente al concepto  $F$ ”. Es decir, que se ha planteado un concepto determinado  $F$ ; se ha determinado con la relación de equivalencia todas las equivalencias de ese concepto  $F$  y se define el número como la extensión de ese concepto equivalente al concepto  $F$ , es decir, todas las equivalencias del concepto  $F$ . La extensión de ese concepto ha de tomarse en el más simple sentido, es decir, el número de objetos que hay en un lugar.

Si las definiciones del número se obtienen a partir de esta relación de equivalencia, Frege piensa, habiendo excluido el número individual, más exactamente habiéndolo retrasado en su investigación, y habiéndolo en cierta forma puesto al final, como coronación de todo su sistema de equivalencia, Frege intentará a partir de esta máquina que podría ordenarse siguiendo dos ejes, un eje horizontal en el cual juega la relación de equivalencia, y un eje vertical que es el eje específico de la relación entre el concepto y el objeto, es decir, que la relación del concepto con el objeto es continuamente... es decir, que siempre se puede, a partir del momento en que se tiene un concepto, transformarlo en objeto de un nuevo concepto puesto que la relación del concepto con el objeto es una correspondencia puramente lógica de relación.

Es a partir de esos dos ejes que constituyen su máquina de relación que Frege pretende ahora cernir los diferentes números y divisaremos que cernir los diferentes números consiste simplemente en responder a dos de las tres preguntas enunciadas al comienzo: “¿qué es cero?” y “¿qué es un sucesor?”, dado que si se tiene cero y si se tiene el sucesor de cero, el resto anda solo. Es a partir de esta definición de cero que puede señalarse un poco lo que puede virar en la definición de Frege. La primera definición necesaria es la definición del cero. El problema consiste en saber si va a poder definirse el cero que no sea con la referencia tautológica a la no-existencia de objeto alguno que quepa en el concepto. Hace poco, pude atribuir el número cero a “luna de Venus” porque:

- 1 Yo planteaba que “luna de Venus” era un concepto, es decir, que existía objetivamente.
- 2 Yo sé que no hay nada que quepa en éste.

Para ofrecerse ese número cero, Frege forja el concepto de “no idéntico a sí mismo” que él define como un concepto contradictorio y Frege declara que a cualquier concepto contradictorio (y deja aparecer los conceptos contradictorios aceptados en la lógica tradicional: el círculo cuadrado o la montaña de oro), a cualquier concepto al cual no corresponda objeto alguno, a ese concepto se le atribuye el número *cero*. En otras palabras, el cero se define por la contradicción lógica, que es el garante de la no-existencia del objeto, es decir, que hay correlación entre la no-existencia del objeto constatado, decretado, ya que se dice que no hay centauro, y por otra parte la contradicción lógica del concepto de centauro... contradictorio.

*Jacques Lacan - O Unicornio...*

*Yves Duroux* – O Unicornio. Se comprende muy bien si es el concepto contradictorio consigo mismo, el concepto a partir del cual podrá desarrollarse la definición del número. Hay un problema que se plantea y que Frege no resuelve (únicamente lo señalaré porque está planteado en la lógica matemática), a saber, si hay varias clases. Frege no se plantea el problema. Él piensa que, en la medida en que definió de manera general la relación del número con el concepto a través de la equivalencia de todos los conceptos, para la clase cero, hay varias. En todo caso, no se plantea el problema. Por ejemplo, los demás matemáticos se ven obligados a plantear una clase cero y un conjunto vacío.

La segunda operación que permitirá engendrar toda la serie de los números es la operación sucesor. Frege da simultáneamente la definición del uno y la definición de la operación sucesor. Digo simultáneamente porque creo que puede decirse y mostrarse que una y otra se implican y la definición que da del sucesor sólo puede pensarse a partir del momento en que ha definido el uno a partir de esta operación sucesor. En otras palabras, para la operación sucesor sólo daré la definición de Frege, que él plantea antes del uno, y luego mostraré cómo esta operación sucesor sólo puede darse porque se da esta relación de uno a cero.

La operación sucesor se define simplemente como *sigue*. Se dice que un número sigue naturalmente en la serie a otro número si ese número se le atribuye a un concepto en el cual quepa un objeto  $x$  tal que haya otro número, es el número que ese primer número sigue, tal que sea atribuido a un concepto en el cual quepa el concepto precedente y que no sea  $x$ , es decir, el objeto que cabía en el concepto precedente. Esta es una definición puramente formal que simplemente hace evidente que el número del concepto que sigue respecto al número que lo precede, el número que lo precede tiene por objeto el concepto precedente a condición de que no sea el objeto que cabe en el concepto precedente. Esta definición es puramente formal y digo que Frege la funda dando inmediatamente después... después pasa a la definición del uno. Dirá: ¿Cómo voy a dar la definición del uno? La definición del uno es bastante sencilla, consiste en darse un concepto igual a cero. ¿Qué objeto cabe en ese concepto? En ese concepto cabe el objeto cero. Luego, Frege se pregunta cuál es el concepto en el que cabe el objeto igual a cero y no igual a cero. Igual a cero y no igual a cero, recuérdese que es una definición contradictoria, por lo tanto define el número cero, en otras palabras, al darse una primera definición, el concepto igual a cero, en ese concepto cabe el objeto cero. Luego, al darse una segunda definición, el concepto igual a cero y no igual a cero, es el número cero. Se sabe porque ya se lo definió hace poco.

A partir de esas dos proposiciones Frege puede decir: “*uno* sigue a *cero* en la medida en que *uno* es atribuido al concepto *igual a cero*”. ¿Por qué sigue al cero? Porque cero es el objeto que cabe en el concepto cero y que al mismo tiempo no es igual a cero. En otras palabras, contradictorio. Entonces la operación sucesor se engendra por un doble juego de contradicciones en el paso del cero al uno. Sin exceder demasiado el campo de Frege, puede decirse que la reducción de la operación sucesor tiene lugar por una operación de doble contradicción. Al dar el cero como contradictorio, al dar el paso de cero a uno por la contradicción contradictoria, pienso poder decir que el motor que engendra la sucesión en Frege es puramente una negación de la negación. Todo el aparato que consistió en reducir el número es un aparato común a toda una parte de las matemáticas. Se lo desconoce a tal punto que no puede causar dificultad. Se lo puede perfectamente admitir como parte del campo de la lógica matemática y no plantearnos preguntas. Funciona muy bien totalmente



solo. ¿Este aparato es capaz de responder a la pregunta, cómo es que después de cero viene *uno*? ¿Cómo ese uno es sucesor y cómo es tan sucesor que el que vendrá después del *uno* será el *dos*? Frege piensa haberlo resuelto de la manera que ya les dije: ese juego de doble contradicción. No me preguntaré por la legitimidad de esta operación. Dejaré esto al cuidado de Jacques-Alain Miller.

Simplemente quisiera decir que entre los empiristas así como en Frege el nombre del número, que Frege llama número individual sólo se obtiene, en último recurso, como una especie de abuso de autoridad, como, si quieren, como un sello que lo sellado se aplicaría a sí mismo. Y en segundo lugar, tanto en unos como en otros, tanto en Frege como en los empiristas, el número siempre es capturado a través de una operación que tiene por función llenar a tope, ya sea por vía de reunión o por esta operación que Frege llama correspondencia biunívoca que tiene exactamente la función de reunir exhaustivamente todo un campo de objetos. Por una parte es la actividad de un sujeto, por la otra es la operación llamada lógica de equivalencia y que tienen la misma función.

Creo que, si se quiere responder la pregunta planteada al comienzo, se puede preguntar cómo es posible el retorno del número como significación diferente, a saber, si hay otros principios que sean capaces de dar cuenta de esas significaciones diferentes. Sobre estos asuntos ofrecí, si quieren, una banda de Möebius; ahora hay que torcerla. Es lo que hará Jacques-Alain Miller.

*Jacques Lacan* – Las necesidades del corte de tiempo dejan entonces en suspenso el discurso de Yves Duroux hasta cuando Jacques-Alain Miller les muestre, en nuestra próxima reunión cerrada, su relación, su incidencia directa, con lo que nos ocupa en primer lugar, a saber, la relación del sujeto con el significante, en la medida en que aquí lo ven simplemente esbozarse (hablo para quienes las preguntas que [sic] pueden elevarse en sus formas más confusas) esbozarse en las relaciones del cero y del uno. Por supuesto, no se contenten con esta sumaria analogía. Si hoy hemos tenido el cuidado de hacer que den cuenta, con la mayor fidelidad, de un texto fundamental en la historia de las matemáticas, al cual una buena parte de ustedes no había sido iniciado, y mucho menos familiarizado, si nos tomamos ese cuidado es porque es necesario que sepan que son asuntos que se imponen a tal punto, que no obstante se plantean aún para gente, los matemáticos, que en últimas no tienen necesidad de esta elaboración para hacer funcionar su aparato, y tienen su fecundidad.

En efecto, todo lo que son investigaciones matemáticas producidas recientemente, e investigaciones matemáticas suficientemente fecundas como para haber transformado absolutamente todo su aspecto, se halla fundada en la confesión de los mismos que la hicieron pasar a los hechos, particularmente por ejemplo Bertrand Russell, relacionada con esta obra inaugural y desconocida hasta que Russell, redescubre también él parcialmente su resorte, ya que la obra había permanecido durante más de veinticinco años en la más profunda oscuridad.

Pienso que, por muy disparatadas a primera vista que puedan parecerles las dos intervenciones que oyeron hoy... y lo subrayo, aquellos a quienes esta disonancia les haga realizar un ejercicio de gimnasia mental que les pueda parecer demasiado arduo, precisamente ésos son aquellos de quienes dije que, después de todo, no están obligados a

someterse a él. Si tal relación ha de ser establecida por ustedes, es ciertamente por mil hilos de comunicación, de los cuales sólo les citaré uno, puesto que en últimas se sabe desde hace mucho tiempo que cuando el filósofo intenta poner de acuerdo el pensamiento con el objeto de su captura, les dirá enseguida que el unicornio es algo, como se dice, que no existe. No obstante, un unicornio, ¿existe, y en qué medida? Un centauro, ¿existe, y existe un poco más a partir del momento en que es el centauro Tal, Neso o Quirón? Es un asunto que para nosotros es de la mayor importancia, porque es justamente de eso de lo que se trata en nuestra práctica, a saber, la incidencia de la nominación en su estado conceptual, o en su estado puro, en el nombre propio, con el que tendremos que vérnosla, en el *initium* mismo de lo que determina al sujeto, así como en su historia, en su estructura y en su presencia en la operación analítica.

Ese texto de Duroux será igualmente [multicopiado], porque considero que es muy grande el servicio que les ha prestado al darles un resumen notablemente corto, absolutamente sustancial de una obra, las *Grundlagen der Arithmetik* de Frege, y que es la piedra, el punto, el hueso de referencia gracias al cual, esta conjunción que se habrá realizado en nuestra próxima reunión entre las preguntas en apariencia puramente técnicas que él ha destacado, se empalman con nuestra práctica. Entonces, todos los que deseen, en condiciones que son entonces más amplias que las que planteaba hace poco...

El texto de Leclaire no debe tomarse (salvo a cuenta y riesgo de quien lo adquiera sin aportarle respuesta alguna), el texto de Leclaire, le será entregado a aquellos y sólo a aquellos que vayan a agregarle algo. Para los demás, que están aquí como oyentes y en cierta forma aún en vilo, todos los que quieran haber enfrentado para la próxima vez, haber preparado lo que nos traerá Jacques-Alain Miller, se les pide levantar la mano... Bueno, evaluamos entonces en ochenta el número de textos que se sacará, y entonces dentro de quince días, en el mismo puesto y en el mismo lugar, Duroux, si lo considera conveniente, tendrá el tiempo para revisar el texto aquí mecanografiado, que podrán hallarlo en la misma dirección de manera que aquellos que, pienso que son bastantes, han soltado algunas de las articulaciones perfectamente ceñidas y bien moduladas, y estrictamente equivalentes al texto de Frege, que éstos vengan entonces a nuestra próxima reunión para oír la continuación.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

[pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com](mailto:pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com)